

pidaba en palpitaciones desesperadas. La duda se empeñaba en la obra de derrumbamiento.

Y tendió sus brazos, como invocando en silencio a los mudos fantasmas de sus penas, ante la inclemencia de los cielos. Su espíritu vagaba en la atmósfera brumosa de sus dudas; y su corazón de amante martirizado, se desgarraba con las crueles mordeduras de los celos.

Su estructura moral sufría las sacudidas de sus cavilaciones. Las frases de su amigo eran una sugestión extraña, que robaba la tranquilidad a ese espíritu, siempre sereno ante los crueles embates del destino; tiempo há sordo a las pasiones generadas por prejuicios inestables.

Sus auto-sugestiones eran impotentes contra las inquietudes de su corazón, que ansiaba la brusquedad concluyente de lo real, y no la duda cruel y matadora de lo posible, la agonía de lo incierto.

Quizás Héctor había notado algo que el velo del amor no le dejaba ver a él; y reflexionó:

—Acaso la posesión que todo lo empequeñece, la saciedad que todo lo degrada, el cansancio y el tiempo que todo lo devoran han empezado su obra de exterminio en el cuerpo y en el alma de Soledad?

No. Hay siempre en la existencia de la mujer iniciada en la vida sexual, una época de celo, en que lo olvida todo por el hombre que la inició en el supremo placer.

El era joven; él llenaba el noble

fin del amor, como función fisiológica ligada al vigor del organismo y como afecto espiritual; él había sabido inspirar y sostener la pasión ardiente que, embriagando, subyuga y convierte a la mujer amada en rendida y satisfecha esclava.

¿Qué era entonces?

Y como si un oleaje de serenidad refrescara el incendio de sus cavilaciones, se le escapó una sentencia como un suspiro: La vida es una perfidia.

Y siguió camino de casita, recorriendo el sendero que antes devoraba, anhelante de impresiones voluptuosas, de alegrías contagiadoras, como un reo camino del presidio, como un predestinado camino de lo irreparable.....

La noche lo envolvía en su lobreguez saturada de secretos maravillosos, de los que surgían sonidos de tristezas lúgubres; melancolía intensa que conturbaba todos sus afectos.

Y, a paso lento, como marcando el ritmo interno, siguió como una sombra.....

Parecía que hubiera enmudecido el verso de un himno, y la sombra enfermiza del dolor sofocara la alegre carcajada de la mañana sonriente de la vida.

Es que las almas abrazadas a una pasión viven de ella, se absorben en su culto; ir contra ese culto es aniquilarlas.

Carlos del Barzo.

Continuará

Recibos

La Revista de América.—Hemos recibido el número de marzo. Muy interesante. Veamos algunos trozos:

Habla **Ventura García Calderón** de "La vida de París":

"Hacia 1830—decía Taine en 1867—se amaba al tísico exaltado; hoy gusta el mocetón positivista. Después del reino de los nervios, el del

músculo." La frase puede repetirse con ligera variante. El mocetón es musculoso pero ya no positivista. Ha hallado dos certidumbres: la religión y la patria—el altar y el trono, como decían nuestros bisabuelos. Los autores de las **enquetes** están conformes en notar que renace el catolicismo en la juventud y